

don Alfonso, ofrécame que volverás á tu convento, y que ya no te apartarás de las reglas de tu religion.

—Yo os obedeceré, padre mio, así que Dios os haya llamado á una vida mejor, repuso la jóven; por ahora, dejadme cuidaros y me iré preparando para cumplir vuestros deseos.

El anciano experimentó alivio por algunos dias; durante ellos, observó á su hija y pudo convencerse de que no cumplía con ninguna de las reglas de la Orden, y de que vestía, comía y obraba en todo, absolutamente, como si fuera seglar.

D. Alfonso la reconvino de nuevo, empleando alternativamente los ruegos y las severas reprensiones, y obtuvo de su hija la formal promesa de enmendarse y de seguir constantemente la entonces suave regla monástica de su Orden.

Pocos dias despues murió D. Alfonso, y Teresa, en cumplimiento de su promesa, volvió á su monasterio.

VIII.

¿Para qué hemos de molestar á nuestras lectoras con la relacion de las terribles batallas que aun tuvo que sostener Teresa entre sus inclinaciones y su tímora conciencia?

Bástenos decir que contaba 25 años cuando murió su padre, y que ya había cumplido 45 cuando todavía no había podido sofocar por completo la lucha empeñada entre su alma y sus sentidos.

¡Terror causa el pensar que, por espacio de tantos años, estuvo esperando una vocacion, que no acababa de llegar jamás, aquella criatura, que reunía las dotes más brillantes! Que la mayor parte de su vida, con muy cortos intervalos, tuvo que combatir con el enemigo del género humano, que le presentaba la vida del mundo llena de deleites y el claustro lleno de horrores, y que salió al fin triunfante, llevando sobre las sienes su virginal corona!

Durante el largo período de veinte años se sujetó á tales austeridades, que su vida se halló en peligro muchas veces.

Por fin, cediendo los ímpetus de su juventud y sin duda porque Dios tuvo piedad de ella, cesaron sus dudas de una manera tan extraña, que no vacilamos en llamar providencial.

Un devoto regaló para la iglesia de carmelitas un hermoso cuadro, que representaba á Jesus con las llagas abiertas.

Teresa vió desde el coro el sitio donde le habían colocado; algunas velas que habían encendido las religiosas alumbraban la santa efigie; su vista obró en el espíritu de Teresa una revolucion saludable,

y acabó su conversión de una manera completa y definitiva.

El recuerdo de la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo no se separaba de su memoria; olvidó para siempre el mundo y sus vanidades; y como aquella ardiente y activa imaginación necesitaba constante entretenimiento, decidió consagrarse algunas horas del día al cultivo de las letras, para lo cual la hacían muy á propósito la brillante educación que había recibido y la vasta instrucción que poseía.

La primera cosa que Teresa empezó á escribir fué su vida; á ésta siguieron varias obras de piedad que, como dice un ilustrado escritor, se distinguen por la elegancia del estilo, por la unción verdaderamente evangélica y por la pureza del lenguaje, que conquistaron á su autora un lugar entre los mejores escritores de la época.

Por entonces empezó su correspondencia con San Juan de la Cruz, al que Teresa conoció por mediación de uno de sus hermanos, que se había metido fraile; para conocer la lozanía de imaginación de Teresa, la viveza y gracias de su estilo, basta con leer sus cartas al santo, en las que resalta una inspiración verdaderamente divina.

En medio de sus tareas religiosas y literarias, Teresa, que se firmaba, como en los años de su infancia, *de Jesus*, se obligó con voto solemne á vivir como convenía á su estado y á trabajar toda

su vida para la mayor gloria de Dios; volvió la calma á su espíritu, y empezó á encontrar dulce y llano todo lo que antes le parecía áspero é impracticable; su actividad hallaba alimento en sus tareas de escritora, y el hastío, que era lo que le traía los mundanos pensamientos, no volvió á hacer en ella su presa.

—Y bien, se decía Teresa algunas veces; la regla carmelita es demasiado ancha y desahogada. Así como á mí me deja tiempo para vanos y ociosos pensamientos, ¿no será fácil que lo deje también á otras religiosas jóvenes é inexpertas? ¿Y no debería yo, que conozco el mal, tratar de prevenirlo? ¡Ah! ¡Si el Señor me diera su divina ayuda, con cuánto gusto y con qué celo procuraría yo la reforma de nuestra Orden!

Teresa meditó durante largo tiempo en este proyecto; no le faltaba, en verdad, razón para creer que aquella Orden no era perfecta ni saludable para las religiosas; en su monasterio se vivía con arreglo á la devoción; pero, la falta de clausura y la abundancia y variedad de los alimentos, excluían toda idea de mortificación y parecían á Teresa grandes inconvenientes.

Maduró, por fin, en su mente la idea colosal de restablecer en su primitiva pureza la Orden del Carmelo, la cual hacía más de trescientos años que no regía ni se practicaba, y comunicó su proyecto á su amiga sor Inés, religiosa agustina, y

á una señorita jóven que vivía de seglar en el convento del Cármen.

Las dos lo aprobaron alabándole mucho, y la jóven seglar ofreció desde luego treinta mil ducados para el establecimiento de la reforma, asegurando á Teresa que desde luego se asociaba con ella y viviría en su compañía observando el rigor de aquella regla.

Otro tanto ofreció sor Inés, que obtuvo licencia para trasladarse al lado de Teresa, y las tres empezaron aquella vida de austeridades y de privaciones.

Era confesor de Teresa un santo religioso llamado el padre Baltasar Alvarez; y así éste como San Pedro Alcántara y San Luis Beltran, amigos y admiradores de la religiosa, la animaron á llevar adelante sus designios; lo mismo hicieron el obispo de Avila y el mismo general de la Orden del Carmelo, con cuya aprobacion y de su caudal particular, compró Teresa una casa para dar principio á la reforma.

Mas no bien se extendió por la ciudad aquella noticia, se levantó contra Teresa una terrible persecucion; las religiosas y religiosos carmelitas, que se hallaban muy bien con su libertad, impugnaron furiosamente las intenciones de Teresa, que les quería reducir á una regla estrecha y dura, que jamás habían practicado.

Uniéronse á esta terrible cruzada la parte de la

ciudad más noble y distinguida, y algunos hombres que pasaban por muy doctos; pero á pesar de tantas contrariedades, Teresa no pensó ni por un instante en abandonar su proyecto.

Sufrió, con la heróica paciencia de que tantas pruebas tenía dadas, los contratiempos de la fortuna y los tiros envenenados de sus enemigos, y al fin recibió un breve apostólico, en el cual el papa Pío IV la autorizaba para fundar su reforma.

En consecuencia de esto, Teresa, con sus dos amigas, tomó posesion del nuevo convento que ella había edificado á sus expensas, y le hizo consagrar bajo la advocacion de San José, siendo ésta la primera iglesia que se conoció con este nombre: la fundacion se celebró con toda solemnidad el 24 de Agosto de 1562.

Tal fué el origen de la célebre reforma de las carmelitas; viendo la santa que iba creciendo el número de sus alumnas, pues acudieron á alistarse bajo la hermosa bandera del Carmelo muchas jóvenes de la ciudad y aun de toda España, les dió regla y forma de vida.

Estableció la más estrecha clausura: ordenó ayunar desde la mitad de Diciembre hasta Pascua de Resurreccion: prohibió absolutamente comer carne, exceptuando los casos de enfermedad, y llevar camisa de lienzo: dispuso que sólo se admitiesen en el locutorio las visitas de los cercanos parientes, como padres y hermanos: y en fin, si no se

ordenó un silencio absoluto, por lo ménos se limitaron mucho las conversaciones de las religiosas.

Aquella estrecha y severa Orden, en un siglo de gran licencia y libertad de costumbres, adquirió en breve un gran concepto.

El general de la Orden visitó el monasterio, y manifestó una alegría profunda al ver que renacía en toda su pureza la Orden veneranda de los padres del Carmelo.

—Señor, dijo Teresa, eludiendo con una humildad y modestia verdaderamente evangélicas las alabanzas del superior; muy poco he hecho, porque mis fuerzas son muy escasas y muy limitado mi entendimiento: sin embargo, yo comprendo que se puede hacer algo más por la gloria de Dios y de nuestra Orden, y estoy pronta á emprenderlo, si para ello me dais vuestra licencia.

—Contad con ella, dijo el superior, y exponedme desde luego vuestro proyecto, para ver si puedo ayudaros en su ejecucion.

—Pues bien, padre mio: dadme permiso para salir de aquí, á fin de que pueda fundar algunos otros conventos de religiosas y religiosos descalzos.

—Os le doy para lo primero, respondió el general; pero me veo precisado á negároslo para lo segundo: semejante fundacion creo que causaría graves alteraciones en nuestra Orden.

—¡Y qué, señor! exclamó Teresa con vehemencia: ¿ha de estar cerrado para el sexo fuerte el camino de la penitencia y de la perfeccion cristiana, y abierto sólo para las débiles mujeres? ¿Cuánto más á propósito es aquél para sobrellevar los rigores de nuestros estatutos, para sufrir por Dios? Ved esa ardiente y generosa juventud, que no tiene más carrera que las armas, ni acaso otra ocupacion que la ociosidad: ¿no podrían emplear en el amor divino esa vehemencia, ese afan de emociones que á veces los precipita en los desórdenes? ¡Cuántas almas podríamos ganar para el cielo! ¡Cuántas librar de la eterna perdicion!

El general quedó suspenso durante algunos instantes.

—Conozco, dijo tras una breve pausa, conozco, que teneis mucha razon; pero ¿qué quereis? esta innovacion es tan grande, que me causa temor el intentarla: la intriga y la maldad trabajan en contra nuestra; y despues de hacer enormes gastos, nos exponemos á que nuestros monasterios de religiosos queden vacíos; vos lo habeis dicho: el espíritu de vicio y de desórden reina en la época, y habrá pocos hombres que se resignen á la oscuridad de una vida cristiana y consagrada á Dios.

—¡Ah, señor! exclamó la santa: ¡abrid asilos para el retiro, para la oracion, y el mundo se encargará de llenarlos! ¡Por desgracia, es mayor el número de almas laceradas, que el de almas dicho-

sas! ¡Es mayor el número de los que sufren, que el de los que gozan!

—Pues bien, dijo el religioso: no quiero disgustaros ni desoir vuestra opinion, que tengo en mucho: doy poder y permiso para establecer esos conventos de religiosos; pero dos solamente por vía de ensayo: si el resultado es el que esperais, luego fundaremos otros.

IX.

Al día siguiente salió Santa Teresa de Avila, acompañada de fray Antonio de Heredia y de San Juan de la Cruz.

Fundó los dos primeros monasterios, y su éxito fué tal, que se llenaron al instante de novicios, cumpliéndose así los presentimientos de la santa.

Alcanzó licencia para proseguir su santa empresa, y despues de muchas mortificaciones y trabajos, que sería muy prolijo enumerar, pero que se pueden adivinar fácilmente, lleo á establecer, con un celo infatigable y sin darse ningun descanso, treinta conventos, diez y seis de monjas y catorce de religiosos, rigiendo en todos ellos su reforma.

Empleó en esta empresa colosal muchos años; y de cuando en cuando iba á girar una visita á los más antiguos, y, sobre todo, á sus queridos monas-

terios de San José y de la Encarnacion de Avila, que habian sido los primeros que había fundado, y que eran por lo mismo el oasis donde iba á entregarse á la oracion y á sus tareas literarias durante algunos dias.

Establecida ya completa y radicalmente en España la reforma, se retiró al monasterio que había fundado en Alba, y allí dedicó todo el tiempo que le dejaban libres sus obligaciones, á la meditacion y á la conclusion de varias obras.

Terminó su vida, pero no tan extensamente como fuera de desear, pues la escribió á poco de su profesion, y sólo llega hasta la fundacion de su primer convento, por lo que los acontecimientos subsiguientes adolecen de mucha oscuridad.

Escribió tambien:

El Camino de la perfeccion, para uso de sus monjas.

Estatutos para los conventos de carmelitas descalzos.

Historia de las fundaciones de los conventos reformados.

El castillo del alma.

Tratado de los pensamientos sobre el amor de Dios.

Tratado de la perfeccion.

Instrucciones sobre la oracion mental.

Modo de visitar los conventos de religiosas.

Meditaciones para despues de la comunion.

Y sus magníficas *Cartas*.

Todas estas obras fueron reunidas y compiladas por el general de la Orden del Cármen, fray Diego de la Concepcion, que las imprimió en Bruselas, en el año de 1675, en dos tomos en folio, y los dedicó á la reina de España doña Ana de Austria.

D. Juan de Palafox, comentó sus *Cartas* y las publicó en Zaragoza en 1658.

Santa Teresa de Jesus murió á los sesenta y siete años y llena de gloria, en su convento de Alba, donde residió casi constantemente durante los últimos veinte años de su vida.

Se la erigió un soberbio sepulcro, en cuya lápida grabaron este epitafio:

Restituida á su aspereza la regla de los padres del Carmelo.

Fundados muchos conventos de frailes y monjas.

Escritos muchos libros que enseñan la perfeccion de la virtud.

Profetizadas cosas futuras y resplandeciente en milagros.

Como celestial estrella, voló á las estrellas la B. Virgen Teresa..

A cuatro del mes de Octubre del año de 1582.

Ha quedado en su sepultura, no su ceniza, sino su cuerpo fresco y sin corrupcion, con propio olor suavísimo, por señal de su gloria.

Por el establecimiento del calendario Gregoriano, se contó despues el dia de su muerte como 15

de Octubre, que es hoy el que reza la Iglesia.

A pesar de que el epitafio habla de *milagros*, ni en la vida de la santa, ni en sus obras, se hace mencion de ninguno.

Lo que sí se asegura es que caía en frecuentes éxtasis, y que entonces la belleza de su rostro, que era siempre admirable, adquiría un carácter verdaderamente celestial.

Entre todas las obras ascéticas de autores españoles, puede decirse que son las de Santa Teresa las que más y con más gusto se han leído, y esto es muy natural, atendido el esclarecido ingenio que brilla en ellas, la excelente dicción, la elevacion de estilo y la pureza de ideas que en ellas campea.

No son ménos notables las composiciones poéticas de esta ilustre doctora de la Iglesia, cuyo talento para elegir y tratar los asuntos, así como la divina inspiracion que en todos ellos resalta, son verdaderamente admirables.

En el monasterio del Escorial, y en la pieza llamada el *Camarin*, donde se guardan varias reliquias, preciosidades artísticas y objetos de devocion, se enseñan cuatro libros originales y escritos de mano de Teresa de Jesus: personas que los han visto dicen que la letra no es perfecta; pero que, por su forma y enlace, deja conocer que la ilustre autora debía escribir con bastante velocidad.

Dos de estos tomos son en folio, y contienen la *Historia de su vida* y la de las *fundaciones de la re-*

forma: los otros dos son en cuarto, y contienen el *Modo de visitar los conventos de religiosas* y el *Tra-tado del camino de la perfeccion*.

Con estos interesantes originales se conserva tambien una escribanía que usaba la santa: regularmente sería su escribanía de camino, de la que se serviría en sus continuos viajes cuando se ocupaba del establecimiento de la reforma, pues se dice que el tintero y la salvadera están colocados dentro de una caja de madera en forma de breviario.

La santidad de la vida de Teresa de Jesus, los milagros que, segun se afirma, obró Dios á ruegos suyos, y la veneracion en que tenían los fieles su memoria, fueron causa para que el rey Felipe II pidiese con encarecimiento su canonizacion al Santo Padre: y practicadas las informaciones y diligencias de costumbre, tuvo lugar su beatificacion en 1614 por el papa Paulo V, y ocho años más tarde, en 1622, su solemne canonizacion por el papa Gregorio XV, en Roma.

Hemos seguido á esta célebre española desde su nacimiento hasta su muerte: su gloria, como santa, como escritora y como fundadora, es inmensa; pero ninguna llega á la que alcanzó con su fortaleza en vencerse á sí misma.

Desde su edad más tierna sostuvo una perpetua batalla con su corazon, hasta una edad muy cercana á la vejez; y esto puede servir de saludable ejemplo á las personas que desmayen á las primeras

contrariedades de la vida, pues no siempre se nace con vocacion perfecta, ni es difícil obtenerla despues de muchos y desesperados combates.

Nuestra patria se envanece de esta ilustre hija suya, á nuestro juicio, con mucha razon, pues las circunstancias de su vida hacen de Teresa de Jesus un modelo de constancia, de virtud y de perfeccion cristiana.

Hija de nobles padres, dotada de más que regulares bienes de fortuna, de una educacion brillante, de una hermosura encantadora, y de todos los atractivos del ingenio y de la elegancia, Teresa de Jesus conoció que hallaría en el mundo un abismo en cada paso que diese, y se acogió al amparo del cielo.

No contribuyó poco á esto la circunstancia de haber perdido á su buena madre, único amparo en el mundo para una jóven de tan brillantes cualidades como Teresa; pero despues de formada esta resolution, ¡cuántas veces la hemos visto titubear en el ardor de su fe religiosa! ¡Cuántas veces la lanzaban sus aspiraciones hacia el mundo! ¡Cuánto suspiraba por los placeres de la vida! ¡Cuántos sufrimientos, cuántos pesares, cuántos dolores!

De todos ellos salió triunfante la santa virgen, ciñendo por fin á su frente la triple corona de la virtud, del genio y de la virginidad.

A estas palmas aun pudiéramos añadir la del martirio; porque nadie en el mundo puede sufrir lo

que ella con sus enfermedades, y sus mismos médicos declararon muchas veces que había agotado la suma de los dolores humanos.

Su reforma ó nuevo instituto se extendió bien pronto por las principales ciudades de América y por Francia, Italia y los Países Bajos, y la gloria de la santa fundadora voló por todos los ámbitos del mundo.

Las obras de Santa Teresa de Jesus son muy estimadas y muy buscadas, sobre todo en Francia, donde han merecido los honores de la traduccion.

